

Confesión de un agonizante

Jorge David Porras Acuña¹

Resumen

Un joven se suicida, para completar la tarea que no logró culminar su asesino.



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

¹ Artista escénico. Actor. Director. Dramaturgo. Declamador. Gestor cultural. Amante de la literatura y siempre con enfoque comunitario, hago creación inter, multi, transdisciplinar. Cultura de paz.

Caminaba por la calle y no disfrutaba de la gente, las presencias inútiles y las nada armoniosas bullas se empecinaban en hacerme escabullirme hacia mí mismo. No soportaba girar la esquina y toparme con azarosos mendigos, respirar su hedor, su soledad, su tristeza, sus ganas de abandonar y hacer abandonar este mundo. Ellos agradecen mi mirada y alguna que otra vez se aprovechan de ella —una moneda, una moneda- gritan.

En esta calle oscura se acercó uno de ellos con mucha cautela, me había seguido por estas cuadras durante varios días. A veces lo veía sentado en las esquinas:

-Buenas noches principito. - Me causó gracia que este hombre, de unos 30 años de edad, de piel seca y cobija raída, aprovechara con tanta sutileza mi gabán azul y mi cabello crespo para acercarse. Sostuve la mirada y correspondí:

- Buenas noches zorro.

Cuando nos topamos, envainamos los ridículos recursos retóricos, nos acercamos en silencio; hubo un algo de contacto real, hubo un místico encuentro entre el que pretende asesinar y el que desea la muerte. Nos acercamos casi tiernamente, descubriendo la imposibilidad que teníamos uno respecto al otro. Al sonreírnos se quebró esa imaginaria sucesión de años y años que transcurrieron entre nuestra escena de minutos de silencio. Sonrió y, con un pesado parpadear pretendía ocultar el deseo de llorar, como si me invitara a llorar primero. Sonriéndonos, mis manos se levantaron en búsqueda de sus sucias manos.

- ¡Principito...! — Exclamó con astucia mientras escondía sus manos.

- No hay problema. Entiendo.

Esta vez, sus ojos y su frente se desplomaron. Del mismo modo se desplomó el cuchillo.

-Gracias— dijo con la voz arrugada mientras huía de enfrentarse a quien le había permitido ser como creía que era, o quizás, no huía, quizá avanzaba hacia sí mismo.

Yo, que puedo ver por los ojos del que me mira, que puedo sentir en la piel de quien me acompaña, lloré amargamente antes de clavarme el cuchillo. No despreciaba a los hombres, los amaba y ésta era mi condena. Sus cargas eran las mías, por eso, entre tanto ruido pesado mi inconsciente lastimero pretendía ignorar. Aún con sinuosa cortesía, yo recibía sus deseos, los acariciaba y apropiaba. Ahora su mano está en la mía y mi muerte está con él.

Quizá esté mirando de lejos cómo doy mis últimos respiros. Quizá descubrimos que sin la muerte puede existir algo real, algo repleto de silencio, algo tierno, algo amargo pero exquisito para la vida: Un encuentro.

Y hay que ver: gracias al zorro la ciudad está callando... la ciudad está en silen—silen---